

Reseñas

PRÓXIMAS PUBLICACIONES

De minotauros Y MUJERES QUE DUERMEN

SERGIO MARTÍNEZ MEDINA

Estudiante de 7° semestre
de la Licenciatura en Letras Hispánicas

Ilse Díaz, *De minotauros y mujeres que duermen*, Instituto Cultural de Aguascalientes, México, 2010.



Comprender una mitología es entender a una sociedad a través de sus miedos, esperanzas, valores, encarnados todos ellos en dioses y monstruos. Mientras mejor conozcamos a éstos, más conoceremos a las sociedades que los han parido. Los vikingos encarnaron en los enanos las brisas que corrían por las montañas; con los *drakkars*, los dragones tallados en sus barcos, creían tener protección en contra de los espíritus del mar. Thor caminaba por encima de las nubes; a sus pasos los llamaron los rayos.

Así, *De minotauros y mujeres que duermen*, título de la primera colección de cuentos de Ilse Díaz, nos enmarca en esta estela de lo pasado –jamás como sinónimo de caduco–. Licenciada en Letras Hispánicas por la Universidad Autónoma de Aguascalientes, ganadora del concurso “Primera Obra” en 2010. Lo primero que percibe el lector al iniciar la lectura es una disociación completa de los géneros. No bien empezamos a leer un cuento, cuando nos percatamos de los versos; cuando creemos leer un poema, descubrimos, como intrusa, la narración ahí insertada, desde el principio recordándonos que la magia estriba tanto en la mimesis como en el camuflaje.

La estética que cultiva se fundamenta en una sencillez absoluta del lenguaje. A veces parece querer pecar de inocencia; a veces, en el mismo tono, parece querer pintársele la sonrisa, a los personajes, de alegría o de llanto; de burla o de consuelo. Y es este “parece” donde radica su fuerza. Todo es como debe ser dentro de ellos. Ilse divide su obra en tres secciones: “Mitológicas”, “Oníricas” y “Cotidianas”.

La primera, “Mitológicas”, lo es parcialmente. Sí, existe el mito, y sí, lo conocemos, pero Ilse lo transforma, lo hace una historia de la vida cotidiana, como seguramente lo fueron en sus tiempos. Son mitos resucitados, vivos otra vez; menos mitos cuanto más vivencias. De esta serie de cuentos, el medular, y que presta su nombre al libro mismo, nos lleva de la mano de la durmiente hasta su lecho, que comparte con el minotauro. Olvidada de Ariadna y Teseo, ambos se aman. Ilse desarticula el mito del hijo de Pasífae y lo vertebra en una historia vigente, similar pero diferente al Asterión de Borges, pues si éste lo hace sentir, ella lo hace amar. Una cama, “donde dos personas están bien, lo cual es igual a decir que se aman”, es el escenario.

En su segundo apartado, “Oníricas”, aparece el cuento “Té verde”, segundo del conjunto, que está al mismo tiempo dentro y fuera de lo mitológico; dentro y fuera a la vez de lo cotidiano –sea, pues, un estadio de transición, un puente tendido entre las otras dos secciones del libro–, entre plantas y juegos de vajilla; todo en el corazón de una ciudad adormilada, tal vez menos consciente que los amantes desengañados. “Desencanto de las fiestas” es el cuento que cierra ésta, la sección onírica, como jugando. Paradojas, los mitos regresan más ancestrales que nunca, más arcaicos cuanto más presentes en la paradoja. Este último cuento es eso, precisamente: un abismo ficticio con una única solución posible, contradictoria, desesperante y, en verdad, fabricado así. Sin respuesta. “Nada”, dice uno de ellos.

“Cotidianas” es el último grupo que Ilse presenta. “Roma” es el título del texto más breve de todos los del libro, fractal acaso de los textos más largos. Con sus doce, aproximadas, líneas, posee la misma gracia e industria que cualquiera de los mencionados. De su Roma nos dice la protagonista “Adentro el vagón [del metro] debía hervir con tanta gente en él.” Es la visión desmitificada de la Roma de los Césares. La que queda, para ella, es la Roma del pueblo. No recuerda este personaje que junto a *Il Colosseo* se pasearon los gladiadores y los esclavos en fila para complacer, dentro del circo, a los dioses vivos. Es un lugar cualquiera en una ciudad cualquiera. Así, diluido ya el mito, le sobrevive su memoria. Se olvidan ciertos nombres, y con ellos algunos miedos; y con ellos algunos sueños. Se han vuelto cosa de a diario.

De minotauros y mujeres que duermen es un océano descrito con pocas palabras. Podemos sumergirnos en cualquier punto, y en cualquiera hallaremos diversas variedades de coral, de anémonas, de peces, descritos todos con la voz mitológica, sí, pero muy propia de la autora. Incluso nos susurra que existe una Atlántida, si nos arriesgamos más al fondo. Hemos visto la espuma de sus aguas. El mar que Ilse nos describe nos invita a nadar en él.

